DIEGO TAMAYO QUEZADA

LAS RUNAS ETERNAS

ÁUREA EDICIONES

Áurea Ediciones

1
El Pago

Durante las tardes, en la vieja cantina del pueblo Chinter, una multitud de pueblerinos se reunía a beber cerveza de damasco. Era un lugar de aspecto antiguo, con pisos y muros de madera, iluminado por candiles y pocas ventanas. Tres hombres fornidos estaban sentados alrededor de una mesa redonda. Uno de ellos (un hombre de barba café, ojos hundidos color negro y brazos ejercitados) tomó su vaso de roble.

—El día de hoy deseo hacer un brindis con ustedes, caballeros —dijo con la frente en alto—. Nuestro negocio del tráfico de espadas y lanzas ha tenido excelentes resultados en estos últimos días.

—Eso es porque somos los mejores… —dijo otro.

ÁUREA EDICIONES

—¡No me interrumpas, grandísimo animal! —impuso el primero—. Hemos tenido una buena racha, sin que los guardias nos descubran, así que las ganancias van mejor que nunca.

Las puertas de la cantina se abrieron y entró a paso lento pero firme una mujer esbelta, quien llevaba una coraza, muñequeras y grebas de metal. Su espada y dagas resonaban a cada paso, mientras el montón de gente guardaba silencio al observar su entrada. Por el yelmo sobresalía un montón de cabello escarlata. A medida que avanzaba, una falda verde se movía, dejando a la vista unos pequeños bolsillos con utensilios y cuchillas más pequeñas.

En la barra, la mujer señaló al cantinero para que le entregara una cerveza. Todos volvieron a sus conversaciones y el ruido se adueñó del lugar como si nada hubiera pasado. El cantinero, en total silencio, le entregó su vaso con el líquido rebosante y se retiró para seguir limpiando otras copas que había sobre la barra.

—Estoy buscando a Robb Winters. —La mujer apoyaba ambos codos sobre la barra—. ¿Sabes algo sobre él?

—Eh… e-está allá —señaló el hombre con un dedo tembloroso—. En el rincón, con esos dos hombres.

La mujer blindada dejó su vaso sobre la barra y, dando media vuelta, avanzó hacia el rincón indicado por el cantinero. Los hombres la observaban con ojos temerosos, hasta que, tras llegar al fondo, el sujeto conocido como Robb se quedó mirando desafiante el yelmo brillante de quien estaba en frente de él.

—¿Qué quieres? —Robb miró de pies a cabeza—. ¿Acaso te debo algo?

ÁBREA EDICIONES

—¿Tú eres Robb?

—Sí, ¿y qué? —Robb tomó un sorbo de su vaso.

—Están ofreciendo una recompensa por ti —dijo la mujer.

—¿Y qué? —Robb se puso de pie—. ¿Acaso piensas cobrarla? —agregó sujetando su cuchilla.

La mujer blindada suspiró.

—Podemos hacer esto por las buenas… O por las malas.

La mujer sacó dos dagas y, de una patada, empujó la mesa contra Robb, haciéndolo chocar con el muro. Los otros dos hombres se levantaron para golpearla, pero ágilmente los esquivó y los empujó con ambos brazos, haciendo que perdieran el equilibrio. Los hombres chocaron con otras mesas y, con los rostros furiosos pero temerosos, gruñeron. En un rápido movimiento, lanzó sus dagas a Robb, apuñalando sus manos en el muro y dejándolo atrapado. Tras agacharse eludió el ataque de uno de los hombres, mientras que el otro recibió un golpe del yelmo en el rostro, dejándolo, sangrando en el suelo.

Uno de los sujetos huyó corriendo de la cantina, mientras que el otro, en un intento de no toparse nuevamente con la mujer hizo lo mismo, con su ropa manchada en sangre. La mujer entonces se acercó a Robb, quien gruñía sin poder hacer nada, puesto que ambas manos estaban incapacitadas por las dagas.

—Tú decides: por las buenas… o… por las malas. —La mujer puso sus manos en la cintura.

Robb suspiró e inclinó la cabeza en señal de rendición. Luego de que la mujer quitara las dagas de sus manos,

ÁUREA EDICIONES

soltó un quejido de dolor, que intentó ahogar para no mostrar debilidad. La mujer lo sujetó firme del brazo y al tomar el otro, amarró sus manos para retenerlo, mientras los demás miraban asombrados lo que había ocurrido. En cuanto salieron de la cantina, el ruido volvió a gobernar el lugar.

Afuera el sol se estaba poniendo en el pueblo de Chinter y la noche pronto caería, había que caminar un buen trecho para llegar hasta los muelles.

Las personas cerraron sus puestos de trabajo y el bosque era lo siguiente que Robb y su custodia debían cruzar. Una larga fila de árboles movía sus hojas al viento que soplaba con suavidad, algunas de ellas caían al suelo por el que caminaban.

—¿Sabes que no tienes que hacer esto? —susurró Robb.

—Cállate y camina —ordenó ella.

—¡Por favor! —insistió él—. Puedo pagarte el doble de lo que te ofrecieron.

La mujer dio un empujón a Robb.

—¿Qué te parece el triple? —Robb intentaba girarse para ver a la mujer—. Es una muy buena oferta.

—No tienes nada que me haga cambiar de parecer.

—Ah, ya veo. Eres de esas personas con principios, ¿no? —observó Robb—. Pero si me permites, de verdad puedo pagarte lo que quieras.

La mujer volvió a empujar a Robb para que mantuviera el paso, y el hombre se quejaba.

—¡Oh, vamos!, todo el mundo tiene un precio.

—Así es, como tú en este momento —respondió ella.

ÁUREA EDICIONES

—Tengo amigos poderosos, ellos te pagarán bien si me dejas —dijo él.

—No me importa quién seas, solo estoy haciendo mi trabajo.

Ambos siguieron caminando, hasta que la mujer se detuvo junto a Robb. Ella sospechaba algo y dirigió la mirada a todas partes. Se escuchaba un sonido distinto al de las hojas a través de los árboles y la tensión iba en aumento.

—Agáchate —susurró ella, poniendo la mano en el mango de su espada.

—¿Que me agache? Dame un arma y te ayudaré a defendernos.

—¡Dije que te agaches! —La mujer agarró a Robb y lo arrojó al suelo—. O tus amigos no tendrán a nadie a quién liberar.

Robb se quedó arrodillado, tembloroso y con los ojos muy abiertos, observando a todas partes en busca de algo. La mujer sacó su espada, lentamente miraba alrededor con mucha atención. De pronto, dos hombres saltaron desde los costados del camino para atacar a la pareja, pero la mujer golpeó fuertemente con su espada a uno de los atacantes y, de una patada, repelió al otro.

Desesperado, Robb insistió a la mujer para que lo soltara, pero ella estaba ocupada enfrentando a otro sujeto, que parecía igualar su habilidad. Al darse cuenta de que el que había recibido la patada se estaba levantando, Robb pegó un grito de auxilio, y la mujer reaccionó, dando media vuelta para cortar el torso del hombre. Su espalda estaba desprotegida, así que, después de un salto, esquivó un ataque de su atacante, dejando a Robb en

ÁUREA EDICIONES